

ventajas políticas y sociales de todo el movimiento. Al cabo de quince años de luchas, desde 1419 hasta 1434, se había enfriado el entusiasmo de los guerreros bohemios, que paulatinamente habían adoptado las costumbres de los soldados mercenarios alemanes, y la existencia de estas huestes no tenía ya razón de ser cuando en el año 1434 el gobierno taborita recibió el golpe mortal. La esencia religiosa del movimiento se conservó pura ó poco menos entre la secta de los «hermanos de Bohemia;» mas éstos no proclamaban ya ni el exterminio de los impíos ni la guerra santa. Lo que alcanzó la iglesia husita de sus negociaciones con el concilio de Basilea se redujo en último resultado á la administración facultativa de la comunión bajo ambas especies, sin esperanzas de realizar en adelante sus tendencias teocráticas. Tal como quedó, con su organización eclesiástica y su inquisición, no presentó ya apenas huella alguna del espíritu husita primitivo. Léjos de acordarse del principio proclamado por sus fundadores los maestros en artes y letras de la universidad de Praga, según el cual la suprema autoridad en materia de fe era el sano é infalible sentido común y no la Iglesia ni concilio alguno sujetos á error, el arzobispo utraquista Rokyzana persiguió con tormentos y calabozos á los «hermanos de Bohemia;» á quienes antes él mismo había alentado en su tendencia á constituir un grupo que conservara las tradiciones husitas. Sin embargo, este vástago humilde y al parecer insignificante de la revolución husita conservó una indestructible fuerza vital. Su jefe espiritual, Pedro Chelchizky, se colocó entre los dos partidos extremos, el taborita y el calixtino ó utraquista, al parecer bajo la influencia de las doctrinas valdenses. En efecto, al organizarse el grupo de los «hermanos;» se pusieron en relación con las comunidades valdenses alemanas, y enviaron mensajeros expresos á las comunidades de la misma secta en Italia y en el Mediodía de Francia, y lo que es mas, al organizar su iglesia en 1467 llamaron curas valdenses. A pesar de las persecuciones de que fueron objeto y de ser confundidos con los begardos, llegaron á constituir á últimos del siglo xv algunos cientos de comunidades en Bohemia y Moravia. Estos «hermanos;» modelos de virtud cristiana, mas distantes de la iglesia católica romana que los valdenses, no supieron librarse del todo de la idea monástica, para vivir en un todo conforme á las doctrinas del Evangelio y huir por lo mismo el mundo. Es evidente la afinidad entre la secta de los «hermanos de Bohemia» y el protestantismo radical del siglo xvi. Los primeros practicaron también el anabaptismo hasta el año 1536; sus sacerdotes observaban el celibato y unían á la cura de almas y á las oraciones el trabajo manual.

El contacto con los virtuosos «hermanos de Bohemia» influyó mucho en los valdenses de Francia é Italia, pero su influencia en Alemania se redujo á la comunicación de las ideas mas extremas. En las huestes husitas reinó un espíritu elevado que concebía empresas vastas, como la idea manifestada mas de una vez de obligar á toda la cristiandad, aunque fuese á la fuerza si no bastaba la propaganda pacífica, á rendirse á la verdad. Las proclamas de las huestes taboritas, llamadas «cartas de los herejes;» en que invitaban á todos los cristianos sin distinción de nacionalidad y de estado social á sacudir el dominio del clero y á apoderarse de sus bienes, llegaron hasta Inglaterra y España. El pueblo del Delfinado, en Francia, envió á Bohemia auxilio en dinero y empezó á degollar á la manera de los taboritas á sus amos y opresores. En el Mediodía de Alemania trabajaron también con actividad y con algún éxito los agentes taboritas, los cuales encontraron allí dos circunstancias muy favorables á su propaganda, á saber: la existencia en aquella parte de gran número de comunidades valdenses, y fuertes tendencias comunistas

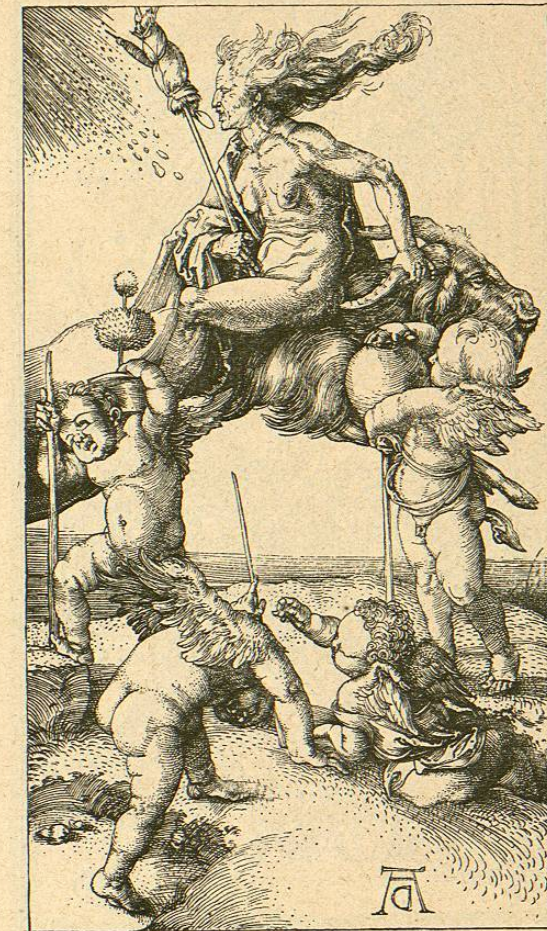
especialmente en las clases inferiores de las poblaciones urbanas, que miraban con ojos codiciosos las riquezas de los judíos y del clero. La oscuridad en que está envuelta todavía la historia de la secta valdense impide fijar hasta dónde llegó su influencia en la husita y particularmente en la rama taborita; pero es indudable que entre unas y otras hubo relaciones y muchos puntos de contacto. El gran manifiesto dirigido por los taboritas en el año 1431 á toda la cristiandad, acusa á la Iglesia de ser desde Constantino el foco de la herejía simoníaca; califica de cobardía la prohibición de la lectura de la Biblia, dictada por la Iglesia, por temor á la ilustración del pueblo; llama al diezmo vieja institución de la época del Antiguo Testamento, é invita á las autoridades del imperio á arrancar de las fauces del clero el hueso del dominio terrenal, para que pudiese volver á ladrar, ya que con el hueso en la boca era mudo. Este lenguaje debía producir mayor efecto en las masas codiciosas y enemigas del clero en Alemania y otros países que la negación de la transubstanciación, del purgatorio y del culto de los santos. Que los husitas bohemios trataban de sublevar las masas anticlericales contra el clero, lo prueba la carta que uno de sus misioneros dirigió al consejo municipal de la ciudad excomulgada de Weinsberg, aconsejándole levantarse contra el insolente clero, porque él y otros eclesiásticos no podían emprender la guerra abierta contra él «mientras el pueblo bajo y los brazos del imperio no abriesen los ojos.» El autor de esta carta era un noble de Sajonia, Juan Drandorf de Schlieben, que había enajenado voluntariamente su patrimonio para predicar como misionero pobre la doctrina husita en Sajonia, Suabia y las comarcas rhinianas. Fué quemado en Worms en el año 1425, é igual muerte tuvo en el año siguiente en Spira su amigo Pedro de Turnau. Antes de ellos, en Regensburg, habían perecido del mismo modo dos curas herejes, uno de los cuales había traducido al idioma alemán y propagado en el país las doctrinas de Hus. Las estrechas relaciones entre los valdenses y husitas están demostradas también en la historia de Federico Reiser, hijo de Suabia, donde se había criado en una comunidad valdense. Viajó Reiser como comerciante y misionero de su secta por una gran parte de Alemania y de Suiza. Habiendo caído en manos de husitas, se hizo ordenar sacerdote por el obispo de los taboritas y combinó con sus nuevos amigos, en Tabor, una nueva y sólida organización de la secta valdense en Alemania, siendo nombrado director de esta secta con el título de «obispo de los fieles que no reconocen la donación de Constantino.» Cayó en manos de la inquisición de Estrasburgo, que le condenó á muerte en el año 1458. La causa que se le formó nos enseña que en Nuremberg, Wurzburg y otras ciudades de Franconia existían comunidades valdenses florecientes, y que éstas como otras de Silesia mantenían, al parecer, relaciones íntimas con los husitas. En el año 1447 se mencionan grupos husitas en las cuencas del Aisch y del Tauber, cuyo cura y predicador se llamaba Federico Müller, y en 1461 se menciona otro grupo husita en el obispado de Eichstadt. Estos grupos no adolecían ya de las extravagancias del primer período husita, sino que formaban parte de la iglesia taborita; posterior y purificada, bien que, aun así, sus principios eran todavía demasiado radicales para hacer posible una inteligencia con la iglesia dominante. Fuera de la Eucaristía bajo ambas formas, sus exigencias eran todas abolicionistas; negaban la transubstanciación; no admitían ni la excomunión, ni las indulgencias, ni el culto de los santos, ni las peregrinaciones, ni los ayunos, ni ceremonia alguna, ni el dominio del clero, ni el juramento. A estas supresiones añadían á veces la de los grados académicos, y los husitas del obispado de Eichstadt hasta la pena de muerte, lo cual

les acercaba mucho á sus hermanos de Bohemia. En sus declaraciones figura también la doctrina de Wiclef relativa al derecho de propiedad con todas sus consecuencias, de suerte que negaban la obligación de obedecer y la de pagar impuestos y contribuciones al superior que estuviese en pecado mortal, doctrina que era cabalmente para la gente del pueblo la parte mas seductora de la iglesia taborita.

Ningun eco parece haber tenido en Alemania la esperanza, análoga á la del milenio, que tenían los taboritas, los cuales creían que el reinado personal de Cristo, con una vida sin pecados ni dolores, estaba inmediato, y que empezaría en cinco ciudades de Bohemia ó en las montañas; pero no por esto faltaban en Alemania creencias apocalípticas robustas y firmemente arraigadas. Estas tenían por base la doctrina del abad Joaquín, que anunciaba una transformación completa del cristianismo con la supresión de la organización eclesiástica existente y su sustitución por otra monacal y una era del reinado del Espíritu Santo. Estas esperanzas se unieron fácilmente con reminiscencias de antiguas profecías y otras ideas modernas sociales, religiosas y nacionales, á medida que la astrología fué ganando terreno y adeptos. En Alemania, la corriente apocalíptica en el último período de la Edad media se fundió preferentemente con la popular leyenda del emperador que debía volver á reconstituir el imperio en todo su esplendor, pero también se enlazó con otras ideas como la de la divinidad del alma. Los disciplinantes de Turingia, violentamente suprimidos en 1414, creían que su maestro Conrado Schmid presidiría el juicio final, y el fanático Nicolás de Buldestorff, quemado por sentencia del concilio de Basilea en 1446, se llamaba *pastor angelicus* y se decía destinado á exterminar á los malos, á encadenar á Satanás y á vivir y gobernar el mundo como jefe superior hasta la consumación de los siglos. Entre 1460 y 1470, el minorita Janko de Wirsberg trató en unión de su hermano de formar en Eger, en Bohemia, una secta según las doctrinas del abad Joaquín, reservándose para sí el papel de precursor bajo el nombre de José del Oriente y contentándose con preparar el camino al nuevo salvador del mundo. Sabido es que Tomás Munzer tomó sus ideas en gran parte del estudio de escritos del abad Joaquín y de sus adeptos. Pero mas general que estas creencias aisladas era la de la vuelta del emperador Federico, que fuera de Alemania era considerado por los discípulos y adeptos del abad Joaquín como el Anticristo, pero en Alemania como el gran reformador futuro de la Iglesia y enemigo de la clerecía, y en general como el ejecutor y realizador de todos los deseos del pueblo, que había de castigar al clero, destruir á Roma, organizar una iglesia alemana independiente bajo un patriarca residente en Maguncia, humillar á la Francia, la Hungría y la Bohemia, casar á los frailes y á las monjas y convertir y despojar ó exterminar á los judíos. La parte principal de su misión consistía, sin embargo, en la confiscación de los bienes de la Iglesia y en la matanza de la clerecía, en lo cual coincidían los deseos del mundo laico alemán y los de los taboritas. Antes de examinar esta corriente, que salía ya del terreno de la religión, pasaremos revista á las tendencias anti-eclesiásticas que habían echado raíces en Alemania al lado de las herejías propiamente dichas.

Las tendencias y doctrinas heréticas en Alemania, aun después de haber sido sofocadas y suprimidas por las autoridades, tenían mil medios, apenas perceptibles, para mantenerse y propagarse ó para renacer, pues es muy posible que muchas personas por sí solas concibiesen las mismas ideas á fuerza de meditar sobre la corrupción general y sobre los mismos dogmas. La oposición popular en los últimos tiempos de la Edad media no tenía por blanco exclusivo los lla-

mados abusos de la Iglesia, sino que existía una hostilidad general á la doctrina de la Iglesia dominante, á la cual contribuyeron en no pequeña escala las supersticiones antiguas y modernas que la Iglesia con imperdonable condescendencia había respetado y tolerado, y que afeaban y emponzoñaban hasta las inteligencias mas nobles de aquella época. Lo que entre todo este movimiento de sectas y creencias mas chocaba y lo que mas unánimemente estigmatizan y combaten todos los escritos, ya de polémica, ya apologeticos del último período de la Edad media, era la tendencia muy generalizada al determinismo, la negación del libre albedrío del hom-



Una bruja.
Facsimile de un grabado en acero de Alberto Durero

bre. Esta tendencia fué probablemente engendrada en gran parte por los horribles cuadros del infierno y de todo el mundo diabólico sugeridos por la educación eclesiástica del pueblo alemán. La miseria, el sentimiento de la propia impotencia, la resignación forzosa y el desaliento sumiso del siervo abyecto hicieron buscar un recurso para sacudir toda responsabilidad moral de las propias maldades y que á la vez sirviera de una especie de consuelo. Los mas encontraron este recurso en el fatalismo pagano simple y puro, otros en la doctrina cristiana de la predestinación, en la creencia en el poder de los astros y en la apocastasis de Orígenes. Muy contados son los libros de devoción de aquella época que no atacan y vituperan la negación mas ó menos consecuente del libre albedrío y la excesiva confianza en la misericordia de Dios. La manera con que en estos y otros escritos los autores de la época tratan de esta cuestión, venga ó no al caso, prueba la atención que generalmente se le prestaba. El libro que repetidas veces hemos tenido ocasión de citar, «El Consuelo del Alma;» indica muy claramente los diferentes orígenes del determinismo. Después de aconsejar largamente al

lector que no crea como los paganos en el poder del destino, dice: «Si robas y te ahorcan no puedes decir que este era tu destino señalado ya antes que nacieras, ni que Dios te le ha enviado así; si tienes algún vicio innato ó heredado de tus padres, ó lo debes á los astros ó á otras causas, porque bien puedes dominarte tú mismo.»

Los teólogos se devanaban los sesos para concordar la existencia de la perversidad y las penas eternas del infierno con la misericordia infinita de Dios; pero el genio laico á todos sus esfuerzos opuso su sentimiento humanitario, que se resistía á ver en Dios el juez inexorable de sus criaturas. En



Grabado de la obra alemana:
Tratado de las mujeres málificas llamadas brujas,
por el doctor Ulrico Molitor, Augsburgo, 1508

los cantos de los trovadores y en los más antiguos de los maestros de la gaja ciencia palpita la esperanza de ver á todas las criaturas, sin exceptuar ni los judíos ni los gentiles, gozar de la gloria eterna, y se afirma que Dios es más fuerte que el diablo á pesar de la creencia eclesiástica. Uno de estos últimos poetas se lamenta de que Dios nos haya dotado de voluntad propia en lugar de habernos hecho como los pajaritos, que no tienen responsabilidad, y otro dice á Dios que habiéndole creado sin consultarle, tenía también que mantenerle. Muchos, más instruidos, se acogían á la expresión de San Agustín, de que todos los pecados reunidos desde Adán eran á la magnitud de la divina misericordia lo que una gotita de agua al Océano; y que Cristo había sufrido pasión y muerte por todo el mundo. El pueblo se preguntaba si Dios había hecho el reino del cielo para los ángeles, y tan común fué esta expresión, que Brant, Geiler y Biel la mencionan en sus escritos y homilías. No faltaron voces que decían que tantos martirios y tormentos eternos como esperaban al pecador en el infierno eran propios de un verdugo,

pero indignos de Dios. Los eclesiásticos calificaban de procazes semejantes observaciones y trataron de combatir las con la omnipotencia y justicia de Dios, y el abad de Tritemio dice lamentándose que tales cristianos eran con su lástima impía injustos y crueles para con Dios mismo. Las objeciones populares al dogma de la Iglesia relativo á los castigos eternos fueron expresadas muy bien por el poeta popular Hans Folz, de Nuremberg, en un diálogo entre la sabiduría divina y la ignorancia humana, y á las observaciones y objeciones ya citadas añade las preguntas sutiles de quién había visto á Dios ó á los santos ó al diablo, quién había vuelto jamás del cielo y del infierno, y si los clérigos pintaban el demonio tan negro y cruel solo para favorecer su propia industria. Estas ideas eran evidentemente populares, porque en los devocionarios de la época encontramos entre los pecados contra el primer mandamiento mencionadas expresamente las dudas acerca de la existencia del infierno, de la inmortalidad del alma y de la obra de la Creación. Un libro de Evangelios del año 1487 cuenta el caso de unos bebedores soeces que entre trago y trago estaban criticando el sermón y decían que todo era mentira, y que el hombre no tenía más alma que cualquiera bestia. Entonces entró un hombre alto y pálido que preguntó á uno de ellos, ya que creía no tener alma, si quería venderle la suya; el otro consintió, y apenas se hubo cerrado el trato el extranjero desapareció con el alma al través del techo y del tejado.

Más adelante tendremos ocasión de hablar de los vestigios racionalistas que se encuentran en el humanismo alemán, pero fuera de estos indicios vagos reinaban entre las contadas personas que cultivaban las letras clásicas, y con mayor razón entre la gente adicta á la Iglesia y en la masa iletrada, el espeso ambiente milagrero y las ideas más fantásticas, sin que nadie apenas notara el maleamiento creciente de esta atmósfera. Las homilías, devocionarios y otros libros edificantes rebosan de tantas supersticiones paganas del tiempo primitivo y de épocas cristianas, que nos resistiríamos á creer tanta obcecación si hoy día no sobrasen pruebas de la tenacidad con que el pueblo alemán conserva semejantes patrañas. La Iglesia combatió este paganismo cristiano; pero en realidad á las supersticiones antiguas se añadieron otras nuevas, tan insulsas y perniciosas como las que pretendía desarraigar. El pueblo alemán veía como en su época primitiva sus antiguos espíritus malignos, de ambos sexos casi siempre, la hueste nocturna de Votan, los duendes, los gigantes y los misteriosos y á menudo benéficos enanos; observaba los encuentros de mal agüero, los gritos de los animales, el chisporroteo de la lumbre ó de la luz artificial, el ruido del agua; creía en saludadores y amuletos, y algunos rendían acaso todavía culto al sol y á la luna. A todo esto se agregaban innumerables supersticiones basadas sobre las ceremonias de la Iglesia, tomadas materialmente, y además las imágenes terroríficas del infierno y del mundo diabólico, que más impresionaban la imaginación del pueblo alemán que las del cielo y de la gloria. Lo terrorífico y monstruoso era mejor comprendido y conmovía más la imaginación, que lo abultaba y variaba hasta lo infinito. A menudo estas creaciones fantásticas tomaban un carácter burlesco y brutal aunque tratasen de desollar y asar vivos á los condenados, penas y tormentos entonces aplicados con otros muchos por los gobernantes á los reos que caían en su poder, los cuales eran presentados por el clero al pueblo como espectáculo para que pudiese compararlos con las penas y tormentos del infierno. Así describían las penas que sufrirían en el infierno los bailarines que en este mundo se habían burlado del Crucificado extendiendo sus brazos, y cantando habían imitado su último suspiro en la cruz, y adornando su cabeza habían

escarnecido su corona de espinas. Estos tales tendrían que bailar hasta la consumación de los siglos sobre las puntas afiladas de clavos en medio de ardientes llamas y recibiendo en sus cuerpos chorros de azufre derretido. «El Consuelo del Alma» describe las penas de un vividor en el infierno. Su alma es llevada con acompañamiento de trompetas y flautas ante Lucifer y sentada en un sillón de hierro enrojecido; allí los demonios le echan pez y azufre derretidos en la garganta hasta que salen inflamados por todo el cuerpo, por la boca, la nariz y los ojos, mientras dos demonios soplan en dos trompas candentes apuntadas á los oídos del paciente. Después manda Lucifer «acostar al señor» en un lecho mullido y llevarle para su regalo y recreo una mujer hermosa. Entonces los demonios tienden aquella alma en un lecho de pez y azufre derretidos, y allí se enroscan á su cuello serpientes de fuego, y animales asquerosos grandes y anchos se meten en su boca. Los artistas, dibujantes y pintores hicieron todos los esfuerzos posibles para no quedarse atrás en la representación de estos horrores.

Lo peor fué, sin embargo, que el clero hizo suyos estos engendros de fantasías brutales, y se hizo protector y fomentador de la creencia en brujas, creencia que la misma Iglesia había condenado en otra época como anticristiana y herética. Desde que los tribunales instituidos en los siglos XIII y XIV para descubrir herejes habían arrancado con los tormentos á las víctimas de su saña confesiones de su trato con espíritus malignos, y desde que los doctores en derecho romano habían descubierto para los culpables de magia y maleficios la pena de la hoguera, se habían encontrado los datos principales para proceder en regla contra las brujas. Esta persecución fué autorizada especialmente en Alemania en 1484 por la bula del papa Inocencio VIII y organizada sistemáticamente por los frailes dominicos Jacobo Sprenger y Enrique Institor en 1489 con su libro *Malleus maleficarum* (el martillo de las brujas). Es de suponer que en aquel tiempo nadie en toda la cristiandad dudara de la existencia de fuerzas ocultas y mágicas; al renacimiento de las letras iba unida una verdadera pasión por secretos y misterios que no dejó de desenvolverse. La ciencia eclesiástica por boca de Santo Tomás había renunciado hacia mucho tiempo á sus dudas anteriores respecto de los viajes maravillosos de las brujas, y bien considerado no había hecho con esto más que cometer una inconsecuencia, pues que la misma ciencia clerical había admitido siempre la intervención celeste ó del diablo en el curso de las cosas. Hasta dónde la Iglesia del siglo XV había llegado á mezclarse en asuntos de magia, nos lo dice una bula del año 1471, en la cual el papa Sixto IV se reserva la fabricación y entierro de *agnus-dei* de agua, figuritas que preservaban de toda influencia mágica y cuyo solo contacto preservaba de incendio, naufragio, tempestad y granizo. Vanos fueron los esfuerzos de los franciscanos para probar, contra la opinión de sus antiguos rivales los dominicos, que los viajes aéreos y los maleficios de las brujas solo existían en la imaginación de mujeres obcecadas. La autoridad de los papas y de los dominicos prevaleció de acuerdo con la opinión pública, que acostumbrada desde largos siglos á creer las cosas más estupendas é irracionales, admitía hasta con avidez los cuentos más extravagantes é imposibles. La persecución y quema de las brujas es la mancha más terrible en la historia del Renacimiento y en la de la reforma religiosa; es una prueba humillante de las debilidades que desdoran hasta períodos de progreso y de liberación, y lo más vergonzoso es que este extravío mental epidémico llegó á su mayor desarrollo después de la reforma, y fué una herencia inicua de la Edad media que el mundo aceptó casi sin repugnancia alguna. Desde fines del siglo XV empiezan á

cooperar á la persecución de las brujas en Alemania los escritores eruditos y la literatura popular. Matías de Kemnat, que presencié muchas quemadas de brujas, dice al hablar de ellas: «Fuego siempre, este es el mejor consejo;» y en igual sentido se expresan á porfía los teólogos y humanistas más notables, como Geiler, Tritemio, Tomás Murner y Enrique Bebel. Geiler nos ha dejado toda una serie de homilías sobre esta triste materia. Murner exclama en una poesía sobre lo mismo:

«¡A la hoguera con ella y á pegar fuego!
Si falta verdugo, pegaré fuego yo mismo
antes de permitir que quede sin cumplirse la sentencia.»



Grabado de la obra alemana:
Tratado de las mujeres málificas llamadas brujas,
por el doctor Ulrico Molitor, Augsburgo, 1508.

La razón y la misericordia tuvieron que enmudecer ante la poderosa corriente. Estremece la tranquilidad con que Enrique Deichsler, cronista de Nuremberg, describe la ejecución de una hechicera que fué quemada en 1506 en Schwabach. Dice que al leerse delante de la hoguera á la condenada, «una hermosa muchacha,» sus declaraciones, exclamó la infeliz que era inocente, diciendo: «No, nada de eso confirmo; he declarado todo eso en medio de los grandes y crueles tormentos, pero nada de eso he hecho.» «Cuando ya estaba rodeada de fuego, — dice el cronista, — repetía las oraciones que dijo el eclesiástico que la asistió, hasta que el humo y el calor ahogaron su voz. Dió gran prueba de ser buena y devota cristiana.»

La Iglesia había acostumbrado á sus fieles á tales espectáculos y les había endurecido el corazón. De la persecución de los herejes y de los procedimientos de la inquisición, unidos á la creencia en los milagros y en los demonios, nació la epidemia del exterminio de las brujas. No obstante, sería injusto atribuir toda la culpa á la Iglesia; otros factores coope-

raron para que este baldón de la humanidad pudiese tomar pié y extenderse tan rápidamente como lo hizo, arrebatando no solamente á las masas incultas sino también á los varones mas ilustrados de la época. Nadie atribuirá tampoco exclusivamente al poder de la Iglesia la grande pero también morbosa exuberancia de la fantasía que se manifestó en el último período de la Edad media. La transformación fundamental de las condiciones materiales de la vida inició una transformación paulatina de la vida mental, que se fué extendiendo gradualmente á todas las clases de la sociedad. Estas no comprendiendo sino la parte material de las cosas, se extraviaron, al apuntar la nueva aurora intelectual, en un mundo fantástico grosero, preparado ya por los milagros enseñados por la Iglesia. Aumentó la confusión con los descubrimientos rudimentarios que hizo el gran movimiento intelectual del Renacimiento en las ciencias naturales y el enriquecimiento de los conocimientos geográficos que ocupaban los ánimos, los cuales no sabían explicarlos ni concordarlos con los elementos del saber mezquino que tenían entonces á su disposición. En esta situación, nada mas natural que explicarlo todo con milagros, magias y demonios, y creer que todo el mundo era el objeto de una lucha de fuerzas misteriosas, ya benéficas, ya diabólicas, siendo casi estas últimas las mas poderosas; de modo que toda cosa nueva ó extraordinaria corría el peligro de ser atribuida á los poderes infernales. Así hasta las risas y bromas á que daban lugar las historias de diablos y vestiglos nos parecen hoy siniestras é inspiradas por la desesperación y el desaliento. Algunas de estas historias, la del espectro de la peste, el cazador nocturno con su turba de acompañantes, los caballos y perros, las danzas de los muertos y las batallas aéreas de los espíritus de los difuntos tienen algo de poesía grandiosa y tétrica; pero no dejaban de ser creaciones fantásticas y tradicionales de cerebros rudos é ignorantes. Innumerables testimonios de los siglos XVI y XVII prueban que la reforma religiosa no disminuyó en nada estas repugnantes tinieblas de los ánimos.

De algun tiempo acá se han hecho esfuerzos inútiles para rehabilitar á los ojos de la posteridad muchos borrones y manchas lúgubres de la historia, y entre ellas á los tribunales y jueces de brujas, diciendo que aquellos mágicos, hechiceros y brujas eran adeptos de una verdadera religión anticristiana y atea y que como tales su exterminio en aquellos tiempos lúgubres era una obra justificable; pero esta suposición es completamente gratuita. Nadie negará que muchos hechiceros y brujas creyeron ellos mismos haber hecho pacto con el diablo y poseer virtudes mágicas á consecuencia de este pacto, y también puede admitirse que los tales se apartaran de la Iglesia y vivieran exclusivamente dentro del mundo fantástico que se habían creado. Es también probable que las mujeres acusadas de brujas, víctimas principales del furor epidémico, usaran á veces un narcótico que les produjera ilusiones, entre ellas la de volar por los aires, haciéndolas soñar despiertas; y es fácil que hechos como estos dieran lugar á las primeras causas formadas á pretendidas brujas; pero todo esto no basta para explicar la magnitud horrible que tomó este epidémico desvarío, que debió su principal impulso al empleo de los tormentos y á la sobreexcitación que se había apoderado de los ánimos. Háse hecho notar que á una fe y credulidad excesivas se agregó entonces una verdadera sed de saber y de buscar y penetrar los arcanos de la naturaleza, sed que el lento progreso de los trabajos verdaderamente científicos no podía satisfacer. Puede aducirse como circunstancia, ya atenuante, ya agravante, según se quiera, de los jueces que formaban los tribunales encargados de juzgar á los hechiceros y brujas, que ellos mismos, como todo el mundo entonces, estaban bajo el poder de las ideas y creen-

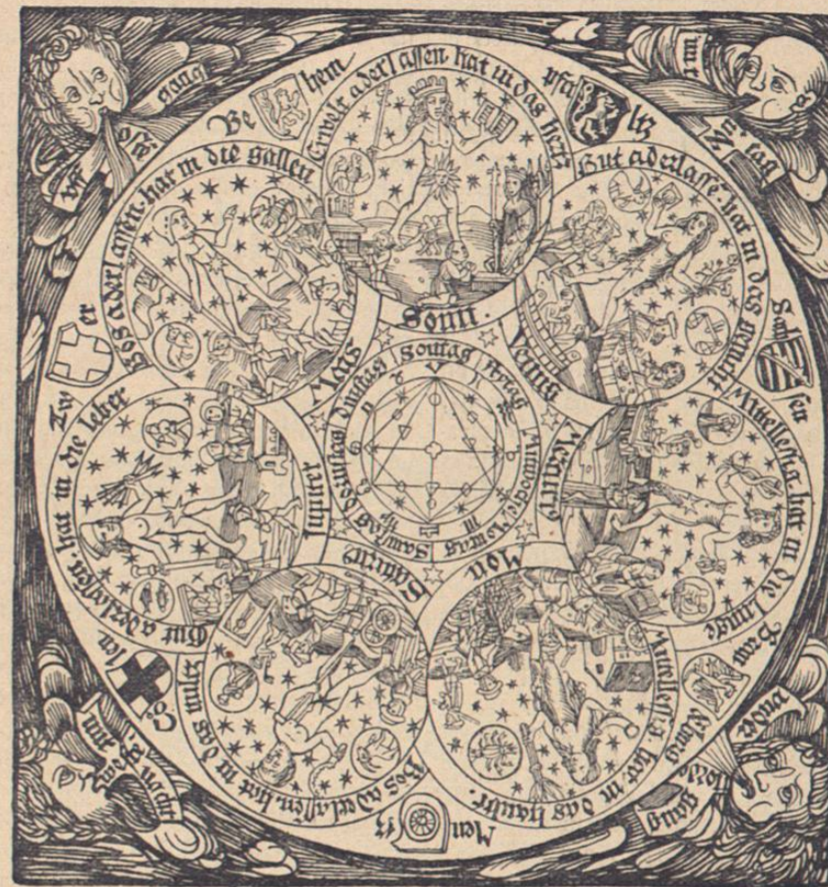
cias que echaban en cara á sus víctimas y que les hicieron confesar á fuerza de horribles tormentos. Si la práctica de maleficios se hubiese considerado como la peor de las herejías, podía haberse hecho valer la circunstancia atenuante de que toda la cristiandad padecía del atan, por cierto nada cristiano, de descubrir ciencias ocultas y sobrenaturales, arcanos y virtudes mágicas. Erasmo dice en alguna parte de sus obras que los alemanes estaban engreídos de su disposición especial para las artes mágicas. En el siglo XV se cultivaba ya en muchas cortes alemanas, incluso las de príncipes de la Iglesia, la alquimia con el fin especial de hacer oro, lo cual se explica con la penuria creciente de los soberanos y soberanillos, y es evidente que no siempre era fácil designar el límite exacto entre la magia blanca y la negra, la permitida y la perseguida. En uno y otro terreno no debieron de ceder los alemanes á ninguna otra nación, y hasta católicos tan ortodoxos como el emperador Federico III y el abad Tritemio no supieron resistir al atractivo de estudios tan peligrosos.

Mas importante y mas popularizada llegó á ser la astrología, que introdujo la confusión en los cerebros no solamente de los gobernantes, hasta en las cortes papal é imperial, sino también de la gente menuda, de suerte que la astrología llegó á ser, á ciencia y paciencia de la misma Iglesia, una nueva y verdadera potencia. Las observaciones y exhortaciones de los mas celosos teólogos y predicadores, las sutiles distinciones entre astrología lícita é ilícita no sirvieron de nada; nadie renunciaba á esta ciencia seductora, que no solamente permitía levantar el velo del porvenir sino que ofrecía al determinismo, que estaba entonces en la atmósfera, una solución del problema ó enigma del mundo. La astrología servía á los grandes y á los pequeños; respondía á consultas de medicina y á otras mas vulgares que se presentaban diariamente, como el tiempo que haría y si las estaciones serían húmedas, secas, cálidas ó frias, con lo cual penetraba en el círculo de ideas de las clases rurales y urbanas. El poderoso y rico se hacia formar su horóscopo y el de sus hijos, y el pueblo se contentaba con saber cuál astro regia el año, y el mes mas propicio para hacerse sangrar. La unión de la teoría y de la práctica, la aparente exactitud matemática y el aparato misterioso de esta ciencia, no pudieron menos de impresionar á la gente de aquella época; los calendarios, pronósticos y prácticas se burlaban de todos los ataques y formaron, generalizándose por la prensa, un elemento principal de la literatura popular. Consecuencias mas serias tuvo la amalgama de la astrología con la revelación del porvenir. Mientras los papas mandaban á sus astrólogos calcular, en la época del renacimiento de las letras y artes, los días y horas mas propicios para los negocios importantes, en Alemania los astrólogos se hicieron profetas y popularizadores de la gran revolución religiosa que había sido pronosticada á la Iglesia desde siglos; solo que á la sazón, al aumentarse las señales que anunciaban la proximidad de la tempestad, se dirigían también á otros poderes é hicieron temblar los cimientos de la autoridad civil y de toda la sociedad, pues amenazaba un levantamiento de todos los débiles y oprimidos, de los pobres y pequeños.

Cada gran trastorno social va precedido de un ambiente que lleva á todas partes el sentimiento de la necesidad fatal y de la inminencia del cataclismo, sirviendo á la vez de síntoma y de elemento acelerador. Este sentimiento precursor puede ser optimista ó lúgubre. Fué lo primero, según el carácter de la literatura francesa del siglo XVIII, antes de estallar la gran revolución; y mientras la prensa fustigaba las instituciones carcomidas y el estado de la sociedad, rebotaba de confianza en el porvenir y en la fuerza propia de la nación y de las ideas modernas. En cambio la literatura alemana

que precedió á la reforma, siempre que trata del imperio y de la Iglesia presenta un carácter melancólico y lúgubre, á pesar de todos los esfuerzos de los satíricos y de la satisfacción propia y levantada de los humanistas. Unos y otros se lamentan de la manifiesta decadencia del imperio y de la Iglesia, de la nulidad de todas las columnas del imperio, laicas y eclesiásticas, de la corrupción de todas las autoridades, del mundo entero que corre á su ruina y de la llegada inminente del Anticristo. Escritores eruditos y del pueblo, todos concuerdan en estos lamentos y presagios fatídicos, y si alguno conserva un resto de esperanza es á condición de un tras-

torno próximo y radical. Sorprende la franqueza con que estas ideas se manifestaron, no solamente en idioma latino sino en el alemán popular, en los sermones, en los escritos satíricos dirigidos al pueblo y en los sainetes carnavalescos. Era cosa corriente que á nadie sorprendía que se hablase al pueblo condenando todo lo existente, sin consideración, y anunciando el próximo castigo de los gobernantes que tan lastimosamente descuidaban sus deberes. En un sainete carnavalesco dice el autor amargas verdades al Papa, al emperador, á los príncipes electores y á todas las altas clases. Oprimidas y sin encontrar justicia están las clases bajas todavía despre-



Los siete planetas
Grabado sobre madera de una lámina astrológica de los años 1480 á 1490

ciadas por las altas. «Teneis, dice al pueblo, jueces prevarecidos, administradores que abusan de vosotros; los judíos usureros os desuelan y viven tan campantes; los clérigos montan soberbios caballos; los tribunales son malos; vuestros señores os abandonan, y á todos habeis de mantener con vuestro trabajo.» El poeta popular y barbero Hans Folz critica también en unos versos el egoísmo de las clases ricas y concluye con esta exclamación: «Libranos, Señor, de toda la cohorte tiránica.»

Estos desahogos debían encontrar eco en la clase proletaria de las ciudades, que ya en el siglo XIV había manifestado claramente sus inclinaciones comunistas; y sería muy erróneo creer que el pueblo tomara estas críticas en són de simple broma carnavalesca, pues para esto era su tono demasiado grave. Mayor efecto produjo quizás la excitación que Geiler dirigió al pueblo de Estrasburgo en el año de hambre de 1481 desde el púlpito: «Id á las casas de los ricos que tienen grano, y si es menester hundid la puerta con el hacha y tomad grano al fiado;» pero tuvo cuidado de añadir que él avisaría cuando fuera tiempo. La inquietud que estas predicaciones

inspiraban á los notables de las ciudades está admirablemente pintada, juntamente con el carácter mezquino é hipócrita de los gobernantes, por el cronista Meisterlin, diciendo que las autoridades, «tan virtuosas y devotas,» no eran mas que una cuadrilla de haraganes, miserables y criminales. Al temor que á los ricos inspiraba el pueblo bajo de las ciudades se agregó el que causaba la población rural, particularmente desde la revolución husita, cuya trascendencia fuera de los límites de Bohemia no se disimularon los que entonces tenían algo que perder. En la crónica de Klingenberg leemos que había en todas partes gente ruda y desalmada que aprobaba la conducta de los bohemios; «era un nuevo horizonte, dice el autor, para la gente pobre amiga de la buena vida y enemiga del trabajo. Como se tenía entonces gran rencor al clero, el pueblo bajo oyó con gusto que el clero debería partir, como otros ricos, lo que poseía con el pueblo, y así se exacerbó el odio que de antiguo existe entre la gente del campo y la clerecía.» Este odio existía en muchas partes y fué tan fuerte que se mantuvo todavía después de la reforma religiosa, durante cuyo curso se hizo patente que la fermen-